

PREFACIO

FEBRERO
Luna de lobo

HE ESTADO RECIBIENDO MENSAJES desde la luna. Me salta una notificación en el móvil para preguntarme si la luna puede rastrear mi ubicación, y le doy a aceptar.

Me he mudado a otra ciudad, pero la luna me viene siguiendo los pasos. Me envía mensajes para avisarme de cuándo saldrá. Por las ventanas de mi piso del barrio de Kreuzberg solo se aprecia un paralelogramo de cielo en lo alto del patio, un simple espacio minúsculo donde vislumbrar la luna al pasar en las noches despejadas.

B decía que la gente solo se mudaba aquí para poder decirle a sus amigos que estaban viviendo en Berlín. B afirmaba que los que se mudaban aquí a menudo tenían la sensación de rejuvenecer unos cuantos años, de que podían prolongar su juventud.

La aplicación utiliza mi ubicación para informarme en todo momento sobre la fase de la Luna, la dirección y la distancia. Ahora mismo, la Luna se encuentra a 61 8007 kilómetros de mi mano, que sostiene el teléfono junto a mi corazón, aquí sentada en la mesa de la estrecha cocina de este piso con ventanas altas, en un edificio antiguo con ortigas en el portal. Acabo de llegar de trabajar, muerta de cansancio.

La luna está en cuarto menguante y a 25,2 grados sobre el horizonte, casi al este. Salió justo después del mediodía y se pondrá sobre las tres de la mañana.

Me preparo un baño, consulto los mapas digitales y me pongo a esperar a la luna. La bañera está junto a la ventana y la abro de par en par dejando entrar el frío. Oigo los maullidos de los gatos callejeros en el hueco de la escalera, el alboroto de las urracas en los árboles desnudos y los ruidos desdibujados de la ciudad que me recuerdan al viento de mi tierra. La primera imagen de la luna es su reflejo en la ventana del vecino de enfrente: un resplandor bulboso en una ventana con doble cristal. A lo largo de la tarde se va desplazando como un navío en la lejanía. Me acerco una y otra vez a la ventana, maravillada de poder ver esa luz de la que no es consciente.

En el hueco de la escalera hay pintadas y carteles políticos: antigentrificación, prorefugiados, anarquistas. Antes había okupas en el bloque y quedan algunos elementos comunitarios: wifi compartido y el encargado de mantenimiento. Oigo a los vecinos por el patio, sexo y peleas en varios idiomas, alguien tocando la flauta, un bebé llorando. El 1 de mayo siempre se celebra una gran fiesta *techno* en el patio. Hay algo electrizante aquí.

El ritmo de internet es frenético y yo me marchó a la luna para relajarme, abriendo en pestañas nuevas las páginas de la Luna de Wikipedia y de Google Maps, para ver su superficie. Me gusta seguir las nuevas investigaciones lunares de la NASA. Aprendo que la Luna probablemente formó parte de la Tierra hasta que un asteroide la seccionó. B, que se había marchado de Escocia para vivir en Tasmania, me cuenta que en el hemisferio sur la Luna es diferente: mengua y crece en sentido contrario. Aprendo que la Luna ralentiza la rotación de la Tierra. La Luna se aferra a nosotros.

Empecé a conocer la Luna y, en particular, su efecto en las mareas cuando volví a casa, a la isla. Cuando la marea está baja, con la luna nueva, es el momento perfecto para ir a coger navajas en la playa, y después de una luna llena es la ocasión ideal para ir a buscar objetos que haya traído la marea con la pleamar, como troncos u otros tesoros.

Mi calle y las alledañas son una mezcla de los diferentes períodos que ha vivido el barrio de Kreuzberg: los ultramarinos de barrio, las pastelerías turcas, un garaje que vende parafernalia reivindicativa junto a un restaurante de *sushi*, cafeterías sofisticadas y *boutiques* de diseño. Hay ropa apilada en las aceras para quien se la quiera llevar y también tiendas con vestidos de mil euros.

La gente pregunta en internet. ¿De qué está hecha la luna? ¿Por qué se ve la luna de día? ¿Por qué es roja la luna? ¿La luna se puede destruir?

He estado llevando faldas largas y guantes sin dedos, pintándome las uñas como hacía antes. He ido a fiestas. En una librería inglesa, recito *La Odisea* mientras un par de noruegos toca los sintetizadores.

He huído, pero me encuentro con la luna allá donde voy. Me encontré una medialuna diminuta de plástico rosa en el campo de Tempelhof, un parque inmenso en medio de la ciudad, justo en mitad del sendero. En la primera semana en la ciudad, encontré un precioso calendario lunar en una librería y lo tengo colgado en la pared. Un par de veces al mes, cuando hay luna nueva y luna llena, espero a la sизigia, ese instante en el que la Luna, la Tierra y el Sol están alineados. Los ciclos lunares son prácticamente todo lo que tengo anotado en la agenda para este año. Mi futuro está en blanco, pero sé qué puedo esperar de la luna.

En el calendario solar del año que viene habrá trece lunas llenas. Las lunas llenas de cada mes y estación tienen un nombre diferente. La luna llena de febrero se denomina

luna del lobo y la de marzo se llama luna de Cuaresma, luna del gusano o luna del arce. Los nombres proceden de diversas culturas –nativos americanos, celtas o anglosajones–, pero todos están ligados a las estaciones y al año agrícola.

La luna ya ha cruzado el patio y se ha escondido tras los edificios, pero sigo viendo viendo sus fotografías por internet. Cierro Twitter, la aplicación de citas, los anuncios de eBay. Los mosaicos de la Luna se crean con cientos de fotografías captados con una cámara telescópica, combinados para reproducir una imagen muy detallada de la superficie lunar: barrancos, montañas y cráteres texturizados. Aparecen ampliados, monocromáticos y resplandecientes. Estamos en febrero y la ciudad está mortecina, pero yo ando desesperada buscando la luz de la luna.

Llevo cuatro meses en Berlín y he vivido en cinco casas. He estado montando en bicicleta sobre los adoquines. He estado cargando mis dispositivos y usando unos pantalones cortos que cogí de la acera. Me he sentado en la puerta de los ultramarinos Spätis a fumar porros, beber Club-Mate y ver pasar a gente atractiva y extraña. Tuve una aventura que duró dos noches y dos tardes.

En esta ciudad la gente no se compromete a nada, pero la Luna siempre está en órbita y los meses pasan de forma implacable. No hablo el idioma, pero sé decir «*der Mond*».

Desarrollé este vínculo con la luna durante mis años de soledad y ella hizo lo mismo conmigo. La luna, le cuento a B, es mi amante.